

Verba Roja

Int. Institut
Sec. Geschiedenis
Amsterdam

AÑO V N.º 47

Órgano de la Agrupación Anarquista

Precio 20 cents

GIROS Y PEDIDOS DE EJEMPLARES, AL ADMINISTRADOR, M.A. SILVA.—COPIAPO 729

Santiago de Chile, La Quincena de Junio de 1923

CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN Y CAMBIO, A Cas. 5061.—VERBA ROJA.—Correo 3

POR ESTA LUZ, COMPAÑEROS

Baltasares en las Repúblicas

Es nuestra hoja llama iridiscente que jamás debe extinguirse. Su lumbré debe ser alimentada, robustecida y disanzada con la fuerza insurjente que mana rauda de nuestras almas tremolantes de fervor humanitario.

Si compañeros, este pebetero, del cual asciende triunfal el sacro y purificador perfume de ideales redentores, no debe permanecer ni un solo instante huérfano de su resina maravillosa.

Nuestros brazos, tensos y erectos, deben mantener encumbrada, embriagándose en la azulosidad purificante de lo alto, esta oriflama de combate, esta acusadora lengua de fuego, escarnio de los malvados que pufulan siniestros ensangrentando el corazón del mundo, y reconfortante alivio para los agobiados con la cruz de todos los martirios.

Debemos engalanar de frutos dulcificadores este bello arbusto de nuestra obra revolucionaria.

El peregrino quejumbroso y abatido, sangrante las plantas, vencido la fe en el recorrido áspero y doloroso de este nuestro vivir miserable, heberá el nectáreo zumo de esta pulpa espiritual y se poblará su alma exangüe de la armonía de nuestros cantos augurales.

Compañeros, compañeritas: de nuestra pluma, cáustica y serena—bisturi implacable y rosedal fraterno—brotó un reproche bondadoso y severo: dejais languidecer, apagarse y morir esta fogata crepitante y justiciera, que hace revivir al toque de su luz y de su tibieza, conciencias aletargadas, señalando a la faz dolorida de los hombres, todo el horror, toda la infamia y toda la angustia que roe y despedaza las entrañas de la humanidad esclava.

VERBA ROJA, no posee esa rítmica continuidad necesaria a toda labor constructiva de humanos valores; carece de ese vigor que deben depararle a su recta y gran misión la voluntad bullente y la prisa convicción de los anarquistas trances.

Su vida es accidentada, sufrida, padecida; está llena de parentesis soladores, donde sus hojas, siempre

pre estallando en ideas atrevidas, ni claman por la verdad ni apostrofan el latrocinio; ni apuñalean la malla de iniquidades que ataudan el mundo ni resplandecen aureolando la vida de los pregoneros caídos.

Amamantada al nacer con la vitalidad de un espíritu heroico, atormentado en el ardor bregante por el bien colectivo, tirada al rostro de los protervos que ofician de chachales cual una tromba desenraizadora de ídolos nefandos y cobardías esclavizantes, no debe morir, ni empuqueñecerse su audacia primeriza, ni la batalladora pujanza que le marca destino liberador.

En vosotros finca compañeros que esta mujer adolescente adquiere las líneas impecables e incitadoras de hembra jocunda y apetecible.

Recordemos siempre la palabra rutilante y gallarda de ese gaúcho magnífico que ha poco se alejó de nuestra hermanante compañía: nuestros periódicos son aves de alas majestuosas que surcan desafadoras y altivas el azul inmenso del espacio, por arriba los picachos erizados donde se engañan los torreones trágicos de la maldad.

Los periódicos burgueses, en cambio, son paquidermos sebosos, pestilentes y zafios, que rezuman vileza y podredumbre, que a su paso hollan las florecillas delicadas de lo bueno que empiezan a irrumpir gloriosas en los prados renegridos y áridos del mundo.

Patatas y alas, si compañeros: hojas patentizadas las unas en el prejuicio y el encubrimiento mercenario, y las otras, hojas santificadas y humanizadas con el beso luminoso de una grande aspiración liberadora.

V. Y.

Sábado 9 de Junio

GRAN VELADA PRO IMPRENTA VERBA ROJA

Local: Centro Estudios Sociales D. Gomez Rojas

MAIPU NUM. 840

Los instantes anteriores a una Revolución Social, se caracterizan siempre, por el desconcierto absoluto de los usufructuantes de los privilegios dinamitados.

Se diría que los Césares pierden en tales ocasiones la dirección de las fibras sutiles y sabias con que la razón vibra, se extremece y palpita.

La Aurora Roja que despunta en horizontes musicales y estremecientes de vida, deslumbra y acobarda a todos los simios de los Tronos.

Los soles de las revoluciones cierran los ojos de los hombres-cerdos del Poder.

Por eso todos sus actos son calderadas de vapor que estallarán en sus propias moradas, con estremecimientos de sangre y con entonaciones de barricadas.

Por eso, en lugar de hacer mas lejana la catástrofe inevitable, amontonan, amontonan solícitamente, las pajas y la leña de la soberbia luminaria, en donde se quemarán, en donde se harán cenizas, todos los códigos, todos los amos, todos los dioses y toda la sangre del Régimen de la Explotación.

Los vientos que golpean a las montañas, se dejan oír con ruidos de amonazas y con explosiones de revueltas.

Y los tiranos pierden el sueño, se enloquecen y hacen jestos ridículos de monos embriagados.

Se les podría tomar por una manada de animales perdidos en el bosque, todos desorientados, en presencia de los anuncios de la cercana tempestad.

Así están hoy los dirigentes de la tierra.

Han perdido el timón de sus navas. Van y vienen, sin saber por donde.

Son ámbulos culpables, ejecutan todos sus actos estúpidamente, criminalmente.

¿Quién duda de que ellos mismos acercarán, en un día que ya se siente, la pajueta encendida al propio maderamen social?...

¿Quién lo duda?...

Pero, mientras tanto, allá van desatentados y temblando.

Ya no se preocupan del cerebro. Solo funciona el estómago.

Viven pensando en saraos, ban-

quetes y robos.

Han hecho de la corta existencia que les queda, una perpetua y repugnante bacanal.

Nuevos Baltasares, caminan idiotizados de festín en festín, de farra en farra, en tanto llega la hora de que modernos Círos derriben a fuego y bala las torres de tantas mancebías.

Así viven los dirigentes. Los ojos los llevan en el ombligo.

Midén el placer por el volumen de la guata.

Como no pueden contener el avance impetuoso de los libres, gozan y gozan, antes que llegue el estremecimiento purificante de la rebelión necesaria.

Sus goces son los goces mas bajos, los mas groseros, los mas cercanos a los goces de las bestias.

Están en el Poder y no atinan a obrar.

Sus tropas mercenarias los abandonarán a los primeros resplandores del incendio.

Cartago, Babilonia, Bizancio y Roma, tuvieron sus días de esplendor, se prostituyeron despues, y entonces fue cuando pasó por ellas el grito de destrucción.

Y cayeron devoradas por sus propias infamias, traicionadas por sus mismas cohortes de esclavos armados.

Así caerán tambien las ciudades del vicio del mundo burgues, asfixiadas en sus propias y escandalosas orijas.

Los parias de hoy, los que nada poseen, los que todo lo dan, levantarán en ese día solemne, las nuevas ciudades del Amor, y cantarán a la Vida, a la Vida, nerviosa, inquieta, chispeante y libre.

Ya está cerca la hora del gigante trastorno.

¿Por qué no saltan las piernas?

¿Por qué no marchan los hombres?

¿Tiemblan?

¿Son cobardes?

La vida sin amos ha de ser obra de los resueltos, de los convencidos, nunca de los pusilánimes y lacayos.

Fuerza es marchar a la conquista.

ta de la libertad, a la destrucción de toda autoridad.

¿Duran los miserables?

Sufren entonces los azotes de los despotas.

¿Qué tienen cadenas en los brazos?

Córtentlos!

Los pedazos que queden colgando de las muñecas amoratadas, serán espléndidas para castigar a los discípulos de Nerón y de Calígula.

Córtentlos.

Porque la conquista de la Libertad no es un juego, ni una aspiración de petimetres.

Los revolucionarios de cartón y de moda, que tiritan como cordeiros ante la incertidumbre del porvenir, que piensan con las tripas, no encontrarán jamás el momento oportuno para desafiar a los opresores.

Son los inquietos y atrevidos, los poseídos por la luz del Ideal, los que se liberarán de los yugos deformadores.

Los mansos, los resignados, representan los puntales de los magnates corrompidos.

La Revolución Social ha de ser obra consciente de todos los asala-

riados.

La Revolución Social!...

¿Y para qué?

Para suprimir definitivamente todos los gobiernos y para suprimir la propiedad particular de los medios de producción.

Ni terratenientes, ni jerenes, ni presidentes, ni soviets.

Ese debe ser el objeto de la Revolución. Ese el principal de los objetos.

Y ahora, ¿qué hacen los parias?...

¿Limpian con lágrimas sus cadenas?

Es hora de levantarse con el resto en los labios: ¡levántense los esclavos!

Es tiempo de ir lejos en busca de la justicia: ¡que marchen los esplotados!

Es demasiado un minuto de tardanza: ¡yérganse los proletarios!

La esclavitud es humillante: ¡independicéndonos los siervos!

La esclavitud es la Muerte.

Es necesario buscar la Vida.

¿Y donde está la Vida del miserable?

Está en las barricadas!

JULIO NAVARRETE

MI ANARQUISMO

Me basta el sentido etimológico: «ausencia de gobierno». Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo.

Será la obra del libre examen. Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden, y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero, si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de que modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos.

Cuando Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, los testigos, de tan concluyente experiencia se negaron a aceptarla, porque no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley. Había otros legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y que ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo.

Sabemos muy bien que la verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer sus ideas por el terror. El que descubre se limita a descubrir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen lo que él hizo. ¿Y esto qué es? El libre examen,

base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quien será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común ascenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aun en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si las logramos esclarecer, nos serán inmensamente útiles. Pero aunque las poseyéramos, jamás las erijiríamos en código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública, aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme para usar-

par el nombre de la ley, no es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y que jendarmes! Para comprender hasta que punto son nuestras leyes contrarias a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día; la mole de fuerza bruta que los gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos mas el empuje invisible de las almas.

Las nueve décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas están derregadas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas mas «inferiores», para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana.

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del brodequin,

como el boad dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios! ¡Y se teme el «caos» si nos del sembráramos del brodequin, si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante. ¿Qué importan sus formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el mas alto. No alto. No seamos «prácticos». No intentemos «mejorar» la ley, sustituir un brodequin por otro. Cuanto mas inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos en seguida al lejano término. Así señalaremos el camino mas corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo, todo se resume en el libre examen. ¡Qué nuestros niños examinen la ley y la desprecien!

RAFAEL BARRET

MATRIMONIOS

Estaban frente a frente, recostados en sendas butacas, al pie del balcón medio entornado.

Café la tarde con serenidad augusta. La habitación iba llenándose de sombras y el silencio de los dos cónyuges se hacía «mas hostil» a medida que las sombras avanzaban. Imponíase una explicación.

—De manera—dijo él—que yo soy uno de tantos?

—¡Ja calló.

—Contesta.

Ella permaneció callada, con el mismo silencio inquietante de las «sombras» que la envolvían.

De pronto se irguió en un arranque de soberbia.

—Si...

Recorrió la habitación, pisoteando el suelo, como si quisiera aplastar algo contra él.

—Si...—volvió a decir.—Eres uno de tantos. Nada mas que uno de tantos.

Y cerrando el balcón tornó a sentarse en la butaca, serena, decidida, como aguardando la respuesta del esposo.

—Pero...tu estás loca, hija mía, irremisiblemente loca—exclamó él.

Ella soltó una carcajada y cambió de postura. En la sombra, el marido solo veía la fosforescencia de sus ojos, aquella extraña fosforescencia que le hacía temblar.

Así estuvieron un rato, esperando ella, esperando también él.

Por fin, él se decidió: arrastró su butaca hasta unirla a la de su esposa; agarró a ésta por las muñecas y exclamó:

—Yo soy tu marido ¿sabes? Tu marido.

Ella volvió a reírse, con risa nerviosa que explotó en el silencio como una protesta.

—¿Y qué?

La indignación del hombre llegó «a su grado» máximo.

—¿Y qué? Que yo soy tu amo; entiéndelo bien ¡infame! Que tú eres «mía», solo mía, y que no puedes entregarte a otro. Lo que vienes haciendo desde que nos casamos te cubriría la cara de vergüenza si fueras una mujer honrada.

Ella respondió tranquila:

—No lo soy.

—¿No lo eres?

—No lo soy.

Y luego, con ira, repuso:

—Te tienes la culpa.

Se levantó, sentándose inmediatamente. Estaba furiosa como una gata encerrada.

—Tú tienes la culpa. Yo no te quería a ti. Quería a otro que no era rico, y creo que si fuera rico no lo querría tanto. Lo quería tal como era, pobre y defectuoso.

Tal vez lo quería por defectuoso y por pobre; que el amor se siente y no se razona.

Mi cuerpo y mi alma le hubieran dado al comprender que esto pudiera alegrar un solo instante de su vida. Mi cuerpo, limpio de todo amor carnal. Mi alma, que ningún deseo había mancillado.

Tú me compraste, halagando, con tus riquezas, el egoísmo de los que mandaban en mí. Nos casamos. La primera noche gocé contigo la satisfacción de todos mis anhelos. Pero yo no te veía a ti en aquellos instantes. Lo veía a él. Su recuerdo era lo que espiritualizaba el placer carnal que yo sentía, impidiéndome desfallecer de náuseas entre tus brazos.

Después...

El acercó sus labios a los de ella, como si quisiera absorber sus palabras antes que las pronunciase.

—¿Después...?

—Después me diste asco, amigo mío. Igual que antes, igual que ahora...

—¡Infame!—gritó él.

—Es inútil que grites. No me harán efecto las injurias que me puedas dirigir. Además, el momento no es a propósito para declaraciones teatrales. Y luego ¡te pones tan ridículo cuando te irritas! Tu indignación es altamente cómica, amigo mío: es una indignación como la del «no apaleado».

El se apretaba los puños, iracundo.

Ella siguió:

—Me diste asco y sentí vergüenza de mi debilidad. Ya que no podía unirme con mi hombre, entreguéme a todos los hombres que tuve a mi lado. Así conseguí dignificarme en cierto modo ante mí misma. El gozar libremente, aunque no fuese gozar verdadero amor, indemnizábame del gozar obligado contigo que se me había impuesto. Me ahí la clave del enigma. ¿Te satisfizo?

El levantó un puño amenazante. En seguida se dejó caer sobre la butaca, oprimiendo la cabeza entre las manos.

—¡Mi nombre!—sollozaba.—¡Mi nombre manchado así, por una mujer indigna!...

—¿Tu nombre? Pobre nombre el tuyo, cuya limpieza depende de mí. Todos sois iguales. Cifra vuestra honradez en la honradez de vuestras mujeres. Bien se conoce que la honradez es una palabra hueca; hecha por vosotros a vuestro antojo.

Callaron.

De la calle subían murmullos alegres, que hacían pensar en una «jornada» feliz. Y el murmullo de felicidad que emanaba de la calle indignaba a aquel pobre hombre, incapaz de sentir mas placer que el suyo.

Con voz ronca, murmuró de improviso:

—¡Pobre de mí!

Ella sonrió.

—¡Pobre de mí! Has bebido el placer en todas las copas. Te has ido con todas las

mujeres que te han gustado. Y me reprochas a mí por haber hecho lo mismo con los hombres que mas me placieron. Si no fueras un imbécil te diría que eres un cansalla.

Sonó el timbre de la habitación. Abrióse la puerta y apareció un lacayo:

—¿Señorito?... El señor Fernández.

—¡Ah! ¿Ahí está Fernández? Que pase— dijo el marido.

Y encendió la luz.

—¿Conque soñitos ¿eh? ¡Pero que déficit— la vida de ustedes!— dijo Fernández cuando hubo entrado.

—No muy opulentos; pero, por lo menos, no somos como esos matrimonios que se tiran a todas horas los trastos a la cabeza.

—Lo mismo digo yo— replicó Fernández, un burgués de redondeado abdomen.

Y para sus adentros:

—Si éstos supieran.

JULIO CAMBA

Plumazos

Debemos ser incansables en nuestra siembra anárquica.

La vida, renovada incesantemente, por la acción del pensamiento, nos ofrece, a cada momento goces intensamente armónicos.

¿Y que es la vida sino un tremendo enigma, asaz incitador del músculo y del cerebro, que pide a gritos que desgarran sus entrañas para que mane el agua o el hierro, o para que una nueva estrella se desgrane del maravilloso sistema astral?

¿Qué sería el ser humano si algún día encontrara la meta del mas allá?

El goce de la vida, en sus múltiples manifestaciones, está solo en la lucha, lo mismo que se monta una hembra...

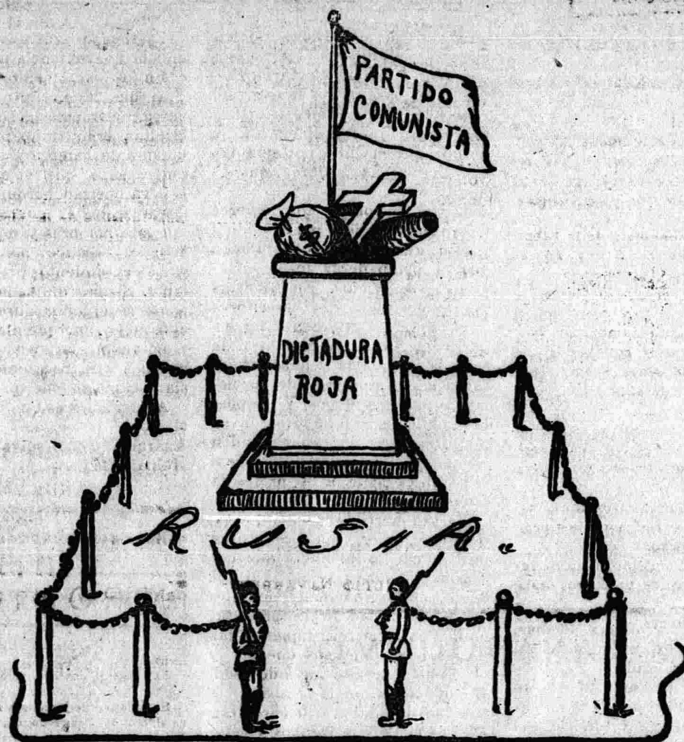
Colón, Inchando contra los dioses y directes de los mediocres o contra los azares de la vida, encontró su Himeno descubriendo la América.

El psicólogo, o el astrónomo, después de injentes balbuceos y cálculos, logran encontrar lo que anhelan, disfrutan el mundo celestial y nuevamente se entregan a sus nuevas hipótesis.

Cuando el macho siente pasión por la hembra, la acecha a cada paso y, llegado el momento del delirio, satisface en gloriosa orjía sus naturales apetitos. Después... un infinito cansancio le permite un paréntesis.

El anarquista debe hacer lo mismo que Colón, que el astrónomo o que el macho cuando monta la hembra...

Conquistando un triunfo, sea huelga, corona que derriba, prejuicio que borre o ídolo que destruya, debe, cuando mucho, pausar al instante la miel de su esfuerzo para entregarse de nuevo a bucear en el océano inmenso.



Fijaos bien en el dibujo, él representa la Rusia actual, tal cual es después de haber estado cinco años sometida al régimen de la «Dictadura del Proletariado», mejor dicho, la Dictadura de Lenin y su camarilla: el Partido Comunista. Sobre el suelo de Rusia, regado con la sangre de centenares de millares de vidas, que sucumbieron luchando por la libertad, se levanta tétrico el monumento de la tiranía roja.

Y en lo mas alto, flamea el viento el emblema del comunismo autoritario, sostenido por una bolsa de desvalorizados rublos una cruz de la iglesia roja y un cañón del ejército del mismo color; esto es, el Capitalismo, la Religión y el Militarismo; instituciones parasitarias que se desarrollan a la sombra de todo gobierno: rojo o amarillo. Son el robo, el crimen y el fanatismo, formando un todo con el Estado comunista.

El Estado para afianzar su autoridad ha organizado instituciones de represión que nada tienen que envidiar a las que existían durante el imperio de los zarz. El ejército rojo persiguió hasta exterminarlos, a los comunistas libertarios makhovistas de Ucrania, que en 1920-21 combatieron y derrotaron a los ejércitos mercenarios de Wrangel y Denikin, en circunstancias que Trotski era imponente para detener el avance de esos ejércitos; este mismo ejército rojo, ahogó en sangre la revolución libertaria de los obreros y marineros de Cronstadt y arrasó los clubs anarquistas de Moscú. La Checa (sección pesquisas) es la moderna inquisición, encierra y asesina a los anarquistas y demás revolucionarios por el delito de no pensar como piensa el Santo Padre (Lenin).

Los comunistas, ocultando sus ambiciones políticas tras una careta de falsa intransigencia, se encaramaron sobre el pueblo ruso, le pusieron freno para dominar sus rebeldías, y le venden a los piratas del capitalismo internacional. Al denunciar ante los trabajadores a los asesinos de la revolución rusa, lo hacemos para que no caigan en las redes que con el sebo de la dictadura del proletariado les tienden los políticos comunistas de este país.

Finalmente declaramos que luchamos y lucharemos por una transformación total de la sociedad, que sepulte para siempre las instituciones que degradan al ser humano: la Autoridad, el Capitalismo y la Religión. Y terminamos de acuerdo con Marx: radicalmente la dominación y explotación que los hombres heredanados constituyen espontáneamente en el seno de la sociedad, de manera que cada uno pueda alcanzar el mismo bien para todos: Pan, Liber-

[illegible]

(Shog) to